

Extranjeros

en México

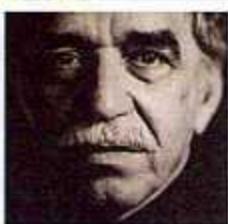


Carnavales
LatinoAmericanos

¿Vives **México**
o vives en México?

Tu empresa en México
siendo extranjero

Semana Santa
en México



Por Mario Rey

Un menú para el 80 aniversario de Gabo



Mi primer encuentro con Gabo —como le decimos familiarmente los colombianos— fue en la fría y lluviosa Bogotá de 1968: mi padre, que no ha leído un solo libro en toda su vida, me preguntó, retador, qué tal me parecía *Cien años de soledad*, y como yo no tenía ni idea de quién era Gabriel García Márquez ni de su ya clásica obra, me dijo en tono de reproche que siendo un gran escritor colombiano, y de izquierda —como yo—, ¿cómo era posible que no lo conociera?

En realidad, sólo había pasado unos meses desde que floreciera el universo de Macondo —1967, el año en que terminé la primaria—, pero *Cien años de soledad* era tan significativa que todo el mundo hablaba de ella y del éxito de su creador. Poco después la ley en la edición rústica de Suramericana, y la vuelvo a leer cada tanto, como al Quijote, con el mismo placer, el mismo asombro y la misma admiración de la primera vez.

Mi admiración por García Márquez crece con cada libro suyo que releo; así sucedió este fin de semana, cuando volví a Vivir para contarla: no sólo me impactan su capacidad para fundir en su obra nuestros mundos, nuestros mitos y nuestros arquetipos más antiguos y modernos; me convencen su temprana convicción de escritor, su entrega a la literatura, su compromiso con ella, sin dejar de participar activamente en la vida nacional, y ganándose el pan ante la máquina de escribir.

Estuve pendiente, semana a semana de la aparición de la revista *Alternativa*, donde Gabriel García Márquez apostó su oficio, su trabajo, su experiencia periodística, su fama y su dinero por el derecho a la verdad, a la información y a un país más justo; y me sorprendí al darme cuenta con su salida de Colombia de la grave situación política que vivíamos. Aunque no comparto muchas de sus posiciones políticas, ni su relación con los poderosos, siempre sentí que Gabo era una verdadera opción de gobierno en Colombia, la mejor, pues representa con excesitud las virtudes de nuestra gente: inteligencia, sensibilidad, trabajo, pasión, creatividad y honradez. Gabo es y será, sin duda, un símbolo de Colombia, y lo seguirá

siendo cuando nadie se acuerde del nombre de ninguno de los presidentes ni de los poderosos que gobernaron Colombia en el siglo XX o el XXI. Cuando llegué a mi cuartito de azotea en México, supe que en esa misma calle de la Loma, cubierta por el nostálgico llamado del tren, había escrito *Cien Años de Soledad*. Una noche lo vi llegar del brazo de Juan Rulfo y Carlos Fuentes al café La Ópera, mientras disfrutaba de la compañía y de las historias de Gonzalo Rojas; me contuve para no pararme a saludarlo o pedirle que me firmara uno de sus libros, como hicieron casi todos los presentes; me daba pena importunarlo; pero nunca olvidaré la imagen de La Ópera esa noche, plena de artistas, tequila, salterio, guitarras, guitarrones, tallas y olorosos platillos, regidos por el agujero —mil veces retocado— que dejara Pancho Villa en el techo, uno de los pocos vestigios de Zapata, Villa y la Revolución.

Una de las noches de celebración de la Semana Cultural de Colombia en México, preparé un rico pozole para los escritores, los pintores, los músicos y los bailarines invitados; de pronto sonó el teléfono: era William Ospina anunciándome que venía en camino con un amigo y su mujer, y me lo pasó para que le dijera cómo llegar a mi apartamento: eran Mercedes Barcha y Gabo, quien, como si nos conocieramos desde tiempo atrás, con la mayor sencillez y naturalidad del mundo, me llamó cada cinco minutos para que le fuera indicando el camino: Circuito Interior, Eje Dos Sur, Tamaulipas, Cine Bella Época, casa de José Emilio Pacheco, Choapan 44. Se bajaron, elegantes, deportivos, con sus zapatos de ante, él, y ella con los combinados en café y blanco; creo que los invité a subir, pero estaba tan emocionado que no estoy seguro de haberlo hecho.

Uno o dos años después le organicé un homenaje en Bellas Artes, pero sólo pude invitarlo a través de su secretaria; y ante un auditorio lleno, y colas de lectores en las escaleras —al listo del burócrata de turno le dio por hacer la propaganda insinuando que “el Maestro” estaría presente—, Marco Tulio Aguilera Garamuño, Fernando Cruz Kronfli, William Ospina, Juan Manuel Roca y Guillermo Samperio leyeron sus textos.

Muchas veces he ido hasta la puerta de su casona, en la calle Fuego del Pedregal, a llevarle La Casa Grande —llamada así en honor a nuestro querido Alvaro Cepeda Samudio—, los libros que los amigos me dejan o me mandan para el Maestro, mi novela y mi poemario; y algunas veces en la romería cultural que algún fanático de la literatura, como mi falso primo Sandro

Harold Alvarado Tenorio me pidan. Poco después de desistir de mi empeño de levantar la Casa de la Cultura de Colombia en México, luego de diez semanas culturales y veintidós números de la revista latinoamericana La Casa Grande, por el escaso apoyo conseguido y el exceso de celos e injurias —entre otras que yo era un terrorista de las FARC (¡en la era de Bush y Uribe!) y que me había enriquecido—, me alegré, no sin sentimientos contradictorios, al saber que el nuevo Embajador había convencido a Gabo de ponerse a la cabeza del proyecto, y que el Maestro, a su vez, había logrado que el gobierno del D.F. y Carlos Slim donaran un piso de un edificio antiguo, y el 50% de su restauración, situado a pocas cuadras del Palacio de Bellas Artes, del Danubio, frecuentado por Gabo, y del Villa Rosa, donde acostumbraba comer nuestro poeta Fernando Charrá Lira. ¡Sólo Gabo podría lograrlo! Y sólo Gabo podrá conseguir el 50% restante!

Por todo ello, cuando Gaby Pérez, de la revista *Extranjeros* en México, me propuso que hiciera un menú para celebrar los 80 años de nuestro genio en La Casa Grande, no dudé un minuto: el seis de marzo tendremos para que escoja, después de una noche de tequila, vallenatos y manachis, ya sea en México, en el bar Siqueiros o en el Caribe colombiano de Barranquilla/Cartagena, en la mitica Cuevita: jugo de naranja, mandarina, lulo, maracuyá y curuba; arepa e huevo, carimañolas, mojarras, tajadas de plátano fritas y un café con leche no muy cargado, o un chocolate grueso con sándwich de jamón, al desayuno. Para el almuerzo, un sancocho de cuatro carnes con guandul, arroz blanco y patacones; o sobreharriga con papas nevadas de sal; y de postre, una canasta de dulces del portal de Cartagena. En la cena, café con leche, la repostería de la abuela, almojabanas, buñuelos, pandebono y pandeyuca.



Foto cortesía Sra. Ma. de Canseco